



Celebración - Presentación del PDP

Curso 2016-2017

El Jubileo de la Misericordia, a través de fecundas iniciativas, nos ha ido conduciendo a encontrarnos con Cristo, Rostro de la Misericordia del Padre.

Este Año Jubilar nos ha estimulado a volver al Señor, a experimentar su misericordia (la parábola del “hijo pródigo”, o del padre bueno nos ha acompañado especialmente); al igual que se nos ha estimulado a parecernos al Padre, recordemos el lema: “misericordiosos como el Padre”, así como la constante invitación a la práctica de las obras de misericordia, corporales y espirituales.

La finalización de este Año Jubilar extraordinario (los próximos días 11, 12 y 13 de noviembre en la Diócesis y el día 20 en Roma) no puede llevarnos a abandonar su preciosa estela, sino que es nuestro firme deseo seguir profundizando en la misma dirección, tal y como nos invita el Papa Francisco, cuando dice: “Sólo gracias a ese encuentro-o rencuentro- con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autoreferencialidad (...). Allí está el manantial de la acción evangelizadora” (EG 8).

Esto mismo enlaza perfectamente con la tarea que nos marca nuestro Plan Diocesano de Pastoral para los próximos años, centrado en el encuentro con Cristo, como camino para la misión. Dentro de este marco, el nuevo curso pastoral 2016-2017 que iniciamos, nos dispondrá a descubrir los caminos por los que el Resucitado sale a nuestro encuentro y a suscitar y renovar los procesos personales y comunitarios para encontrar al Resucitado, especialmente a través del acompañamiento.

Es centrándonos en lo esencial, en “el amor salvífico de Dios, manifestado en Jesucristo, muerto y resucitado” (EG 36), y entregándonos a fondo a este encuentro salvador, como nuestra acción pastoral y nuestro estilo misionero puede llegar a todos y podremos perseverar en una evangelización fervorosa.

Así lo vemos en los escritos del Nuevo Testamento. En el tiempo posterior a la Resurrección del Señor, los Evangelios nos hablan de los encuentros del Resucitado con sus discípulos, y cómo en esos encuentros brota el consuelo para ellos y se produce el encargo del Señor a ellos acerca de su misión.

Asimismo, la venida del Espíritu Santo les hace experimentar una nueva y constante presencia del Señor y la posibilidad de encontrarle en todo tiempo y lugar, a la vez de realizar la misión. El Espíritu Santo así, les cambiará, les hará apóstoles, testigos de lo que han “visto” y “vivido”.

Como me contaba hace unos días un buen amigo, recordándome una sabia frase: “No por mucho hablar de vino, uno se emborrachaba”. También nosotros, sólo bebiendo del manantial

que es el mismo Señor, por su Espíritu, podemos llenarnos de su vida, experimentar su amor, y así ser testigos –como dice el evangelista Juan- :”lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplaron y palparon nuestras manos”, de eso “damos testimonio” (1Jn,1,1-4).

El Evangelio de los discípulos de Emaús (Lc.24, 13-35) es el gran referente que nos guiará durante todo este curso. Lo acabamos de escuchar, de acoger, de meditar.

Al final del itinerario que los discípulos recorren con el Maestro, se les abren los ojos al partir el pan.

Como aquella tarde, esta tarde Él está con nosotros.

Como aquella tarde, esta tarde le reconocemos a Cristo Resucitado en la Eucaristía que juntos adoramos.

Pidámosle que, en este Curso que iniciamos, Él nos explique las Escrituras y parta para nosotros el Pan.

Pidamos al Espíritu Santo que dejándonos acompañar y encender por el Señor Resucitado, vencamos las dificultades y desánimos. No son tiempos fáciles, no estamos exentos de desesperanzas como los de Emaús, pero hoy como aquella tarde, Él está con nosotros. Hoy, como aquella tarde, la medicina, el remedio, la salvación es Él. Que el Espíritu Santo nos abra los ojos, nos lo haga ver y nos haga que como los de Emaús no nos guardemos el gozo del encuentro con Cristo, sino que vayamos a ser testigos, a contar lo que nos ha sucedido por el camino.

Aquí, ante el Señor presente en el Sacramento de la Eucaristía, brote hacia Él una profunda acción de gracias. Porque nos quiere y no nos deja, y ello tanto personalmente a cada uno, como al conjunto, a su gran familia, la Iglesia.

Gracias porque estamos aquí, ante la tarea, hermosa tarea ante el nuevo curso. Él nos ha llamado, nos ha elegido, nos ha enviado, como Él mismo dice: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros. Y os he destinado para que vayáis y deis fruto” (cfr. Jn 15,16).

Damos gracias al Señor porque Él, por medio de nuestras personas y tareas seguirá haciéndose presente y saliendo al encuentro de nuestros hermanos a los que servimos: explicándoles las Escrituras, las enseñanzas de Jesús y de su Iglesia, como catequistas o miembros de grupos, movimientos, servicios de las comunidades, o como padres, abuelos o maestros; partiendo el Pan de la Eucaristía, por mano de nuestros Sacerdotes –gracias Señor, por nuestros Sacerdotes, ayúdales, sostenles, danos vocaciones, cuida a nuestros seminaristas-; y cuidando las celebraciones –con el canto, las lecturas, el cuidado y la limpieza de tu casa Señor-: sirviendo por la caridad a los más necesitados, acogiendo a los inmigrantes, visitando a los enfermos y encarcelados, consolando a los tristes, aconsejando a los equivocados, dando ánimos, luz y esperanza, como al fin tu hiciste con los de Emaús.

Gracias Señor, por todo, pero, especialmente por tu Madre. Cuando en la Cruz estabas a punto de dar tu vida totalmente por nosotros, nos regalaste el único bien que te quedaba: María. El gran bien que sabias necesitábamos, una Madre. Ella ejemplo de todas la virtudes, presenta y

acompaña ante ti este Curso que comienza. Con Ella estamos seguros que este Curso será “como el Camino de Emaús”; un año lleno de tu luz y de tu presencia. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante